

La impostura feminista de Felipe Trigo

VÍCTOR GUERRERO CABANILLAS
Médico y Escritor

RESUMEN

¿De qué hablamos? No creo que nadie confunda erotismo con feminismo, pero sí es posible que equivocadamente entendamos que el feminismo consiste simplemente en la toma de conciencia de la subordinación de la mujer, bien sea a partir de su análisis diagnóstico o bien mediante su denuncia pública. Sin embargo, es bastante más. El feminismo es un movimiento social, una lucha social, una doctrina y hasta una ética reivindicadora de un nuevo status personal, social, jurídico y político de la mujer, ajustado a sus aspiraciones, derechos y expectativas. De los primeros hay una larga tradición en España. Existen dificultades para fijar con precisión el inicio en nuestro país del pensamiento feminista auténtico, que no necesariamente es el sufragista, entendido como la conciencia de sumisión patriarcal y el activismo a favor de los cambios, que estuvo representado básicamente, en el tiempo que nos ocupa, por Concepción Arenal, primero, pero sobre todo, por Emilia Pardo Bazán, Carmen de Burgos y, algo después, diversas feministas como Clara Campoamor. El feminismo español de comienzos del siglo XX fue un feminismo plural lleno de contradicciones, según Mary Nash. De ninguna manera, a pesar de todo, puede incluirse a Felipe Trigo, defensor en todo caso de un feminismo espurio, dentro de este reducido grupo de feministas avant la lettre. La novela erótica vino a legitimar aún más los estereotipos sexistas y discriminatorios de la mujer en su época, sirviendo de poderosa arma argumental a los enemigos del feminismo en España.

PALABRAS CLAVE: Feminismo, activismo social, ética, doctrina, feminismo a la carta, reconstrucción histórica.

RÉSUMÉ

¿De quoi parlons-nous? Il est possible que nous comprenions à tort par féminisme simplement la prise de conscience de la subordination de la femme, son analyse diagnostique ou sa dénonce publique. Cependant, il y a plus. Le féminisme est un mouvement social, une lutte sociale, une doctrine sociale, et même une éthique, selon l'expression de Celia Amorós, un mouvement qui revendique un nouveau status personnel, social, juridique et politique de la femme, adapté à ses aspirations, ses droits et ses attentes. Parmi

les premiers il existe une longue tradition en Espagne, bien qu'il y ait des difficultés à situer avec précision les débuts dans notre pays de la pensée féministe en tant que conscience de soumission patriarcale et activisme en faveur des changements, représentée principalement par Concepción Arenal, Emilia Pardo Bazán, Carmen de Burgos et, depuis, Clara Campoamor.

Nous ne pouvons absolument pas inclure Felipe Trigo, défenseur en tout cas d'un féminisme bastard, dans ce groupe réduit de féministes avant la lettre. Le roman érotique vint d'une part renforcer et légitimer encore plus les stéréotypes sexistes et discriminatoires de la femme de son temps, servant, d'ailleurs, comme une puissante arme argumentaire au service des nombreux détracteurs du féminisme en Espagne.

DES MOTS CLÉ: Le feminismo, l'activisme social, l'éthique, la doctrine, le féminisme á la carte, la reconstitucion historique.

INTRODUCCIÓN

Felipe Trigo recibió unas especiales influencias, durante su juventud estudiantil pacense, provenientes de las enseñanzas de sus profesores krausistas en el Instituto de Bachillerato de Badajoz, unos docentes persuadidos de la necesidad de una profunda transformación social, las cuales le abrieron nuevos horizontes intelectuales, sobre todo, las de Romero de Castilla¹.

El krausismo en los años 70 del siglo XIX, con Giner de los Ríos, era ya la más influyente de las corrientes de pensamiento que acaparaban entonces una buena parte del espíritu más radical del progresismo español. Soñaban con una nueva sociedad, para lo que pretendían constituirse como una élite transformadora de una organización social vetusta y alejada de las corrientes de pensamiento vigentes en la Europa de aquellos tiempos.

De ahí, de esos ámbitos e influencias, procedía su convicción un tanto mesiánica de su papel de reformador social, profusamente representado en su producción literaria. Para él, precisamente, aunque permaneció bastante fiel a estas influencias del racionalismo armónico krausista, las soluciones al proble-

¹ Felipe Trigo, durante su etapa de bachiller en el Instituto de Badajoz, se vería muy influido por las enseñanzas de Fuertes Acevedo y Romero de Castilla, unos reconocidos krausistas. Se inició entonces, además, en la lectura de Spencer, Darwin y otros expertos en Sociología, una ciencia por la que mostró tempranamente un especial interés. Se abría paso entonces, basada en las teorías de Spencer, una visión panteísta del mundo, empeñada en conciliar la ciencia, el darwinismo y la filosofía con la religión católica, una visión a la que pronto se adscribió Felipe Trigo.

ma de la mujer vendrían, en cambio, por otros derroteros. Mientras que para los krausistas representados por Fernando de Castro, que reconocían desde luego su derecho a la educación, el paradigma era el representado en la literatura sapiencial de las Sagradas Escrituras por “*la mujer fuerte*” del *Libro de proverbios*, Trigo defendió posturas más atrevidas e innovadoras que, a través del desarrollo de la conciencia individual, alentasen la sexualidad, lo pasional y biológico, “el alma y los labios”, como quería dar a entender en el título de una de sus novelas, capaces de obrar como el mejor instrumento de socialización, unas visionarias especulaciones filosóficas que vemos masivamente representadas en su obra, siempre moviéndose bajo el binomio represión/liberación, tan característico de la dialéctica positivista de la época.

Ya en Madrid, tras recibir las influencias del pensamiento europeo de la época, el novelista villanovense se convertiría en un buen ejemplo del doctrinarismo imperante en la segunda mitad del siglo XIX. Fueron tiempos de gran efervescencia, los tiempos tumultuosos del socialismo utópico, democratismo progresista, krausismo, regeneracionismo, darwinismo social, cientifismo, positivismo evolucionista, republicanism, anarquismo de cátedra, cuyas propuestas y concepciones veremos desfilar en su producción literaria, sobre todo en la de corte teórico y doctrinario; un catálogo de buenas intenciones que competían denodadamente en la formulación de un nuevo proyecto social. Era este substrato ideológico y cultural de su tiempo, propio del sector más dinámico y avanzado de aquella sociedad, enfrentado al conservadurismo tradicional y, también, a una religiosidad pervertida, el que, como hizo notar Fernando García Lara², encandilaría masivamente la mentalidad de Felipe Trigo.

² GARCÍA LARA, Fernando: *El lugar de la novela erótica española*, Excm. Diputación Provincial de Granada, 1983.

Catedrático de Literatura Española de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla, es autor de notables estudios críticos de las producciones literarias de Ángel Ganivet y Felipe Trigo. No deja de ser sorprendente cómo la historiografía literaria presenta lagunas no explicables ni por la pérdida de interés del autor ni por su desvalorización tras el paso del tiempo. Ángel Martínez San Martín en 1983 y Fernando García Lara en 1986, autores de sendos estudios críticos de su extensa obra novelística, rescataron del olvido al escritor Felipe Trigo, cuando ya el paso del tiempo lo había aparcado en las trastiendas de la memoria colectiva.

Con la excusa de su aproximación a la novela erótica novecentista, García Lara, con aguda penetración y vastos conocimientos, analizó la personalidad y la producción literaria de quien consideró como modelo de esta corriente novelística, tan desdeñada poco después como una literatura menor moralmente reprochable, una estimación que sería la causa de su efímero triunfo.

De entre todas estas corrientes de pensamiento, primaron en influencias sobre las de F. Trigo los naturalistas Zola y Flaubert³, el positivismo de H. Spencer⁴ con sus teorías sobre la evolución social y la educación (un positivista *enragé*, le hace llamarse Trigo al protagonista Feliciano de *La prima de mi mujer*), el utilitarismo liberal de Stuart Mill, Engels y su análisis crítico del matrimonio burgués, el socialismo utópico de Charles Fourier⁵, defensor del cooperativismo comunitario y armónico, las ideas de Saint Simon y Auguste Comte, y las del destacado divulgador de la teoría socialista sobre el papel de la mujer en la nueva sociedad, Ferdinand A. Bebel, cuya famosa obra de *La mujer ante el socialismo* fuera traducida al castellano por Emilia Pardo Bazán. Ellos fueron, sin duda, así, a grandes rasgos, quienes más influyeron en las ideas y propuestas del exitoso escritor villanovense.

Habría otros intelectuales, sociólogos y escritores más, sin duda, pero sin influencia significativa en su concepción de la cuestión de la mujer en la sociedad de su tiempo. Antes de proseguir valga un primer inciso para señalar que estos auspicios intelectuales le vinieron, más que de lecturas reflexivas y sistemáticas, de las reseñas de periódicos y de sus escuchas en los cenáculos

³ La escritora George SAND (1804-1876), a quien se puede considerar como prototipo del feminismo de su época, fue una de las más significativas representantes de sus primeros balbuceos. Se pondría furiosa cuando Flaubert le escribió que “ la mujer es para todos los de mi sexo, una bóveda de piernas que se abre hacia el infinito, puede que esta no sea una actitud muy elevada, pero es fundamental para el varón [...] ”

No era para menos. Estas palabras eran la expresión de su concepción de la mujer como un objeto de placer, aunque haya que reconocerle que Emma Bovary, la protagonista de *Madame Bovary*, una adúltera insatisfecha que se rebela contra su confinamiento, ayudara a su manera a la eclosión del feminismo.

Puede verse en BORLOZ SOTO, Virginia: *Madame Bovary soy yo. Flaubert y la literatura costarricense*, p. 90. Disponible en books.google.es. Consultado el 20-X-09.

⁴ Herbert SPENCER (1820-1903), el más célebre filósofo y sociólogo de su época, padre del darwinismo social, fue defensor de una interpretación individualista del evolucionismo y junto a Hegels y Fourier, quienes más influyeron en el fin de siglo español. El pensamiento social y positivista de Trigo se nutrió de sus enseñanzas, las cuales tuvieron un gran impacto en Europa y Estados Unidos.

⁵ Charles FOURIER (1772-1837), famoso socialista utópico francés, uno de los fundadores del cooperativismo armónico, pensaba que, así como el universo estaba regido por la ley general de la gravitación, la historia universal lo estaba por la ley de la “atracción pasional”. Según el excéntrico pensador, la sociedad, corrompida por la civilización industrial y por la religión, vería perturbada su armonía natural. Habría, pues, que procurar una nueva organización social en la que existiera una plena libertad sexual.

literarios e intelectuales en Madrid y, antes también, en Mérida, algo que, ampliamente reconocido por sus principales críticos, se dejaría notar en sus obras. Poseía, en efecto, una formación “de andar por casa”, mal sistematizada, algo dispersa, de la que se valdría para sus publicaciones de corte teórico y doctrinal. Otro inciso más para disculparme porque la reconstrucción histórica de la cuestión y sus vicisitudes y complejidades me obligaron, quebrantando el orden secuencial texto, a tener que volver atrás, a veces, incurriendo en algunas reiteraciones fastidiosas.

Por lo que respecta a los pensadores citados del siglo XIX, Spencer y Fourier, sobre todo, tuvieron, sin ninguna duda, una presencia arrolladora en el último tercio con su positivismo evolucionista. Hasta el mismo Unamuno, -con quien Trigo compartió un tiempo la militancia socialista en el partido de Pablo Iglesias-, quien tradujo al primero y le dio a conocer en España, que fue un hombre escasamente influenciado, se hizo eco de sus ideas, en especial, las referentes al darwinismo social. Curiosamente, Concepción Arenal⁶, que denunció abiertamente la postergación social de la mujer en España, sería quien primeramente se enfrentara de una manera crítica, en nuestro país, a las ideas de Spencer, a pesar de reconocerle ciertos innegables merecimientos.

Por otra parte, la situación de la mujer se había convertido en la época de Trigo -a finales del siglo XIX y en la primera década del XX- en un asunto muy candente que atrajo la atención de políticos, moralistas, intelectuales, escritores y artistas. Cobraba fuerza, por otro lado, un naturalismo vitalista, ateo y determinista que alentaba el reformismo social a través de la literatura, la denuncia social, al tiempo que prestaba una atención especial a la fisiología de los impulsos hedonistas y sexuales como motor de socialización. Pero les adelantando que, a pesar de todo, durante ese tiempo, en España, no llegó a consolidarse el feminismo entendido como una corriente diferenciada de activismo social a favor de los derechos de la mujer.

⁶ Concepción ARENAL (1820-1893), escritora y penalista, fue la primera mujer que en España pisó un aula universitaria, aunque lo fuera sólo como oyente, a comienzos de la década de 1840. En muchos otros escritos suyos también, pero, sobre todo, en *La mujer del porvenir* (Obras Completas, Tomo IV, Librería de V. Suarez, Madrid, 1916) que fue publicada en 1868, una pequeña obra no exenta de algunas contradicciones, por lo demás, lógicas, critica abiertamente la supuesta incapacidad intelectual de la mujer, su deficiente instrucción y educación, su desamparo jurídico y sus dificultades para acceder al mundo laboral, constituyendo el primer alegato profeminista de nuestra literatura. Pero en su preámbulo ya advierte con pesar que “no será poca la resistencia que necesitan vencer [...] no intento persuadirte ni convencerte (se dirige al público lector) [...] mi ambición se limita a que, al concluir estas páginas, dudes y digas ¿Tendrá razón esta mujer en algo de lo que dice?”

Nacido al calor de la revolución industrial de finales del XVIII, alentado por la elevación del nivel de vida, que abrió nuevos horizontes en las expectativas de la mujer, el feminismo tendría más relieve allí donde, como sucedió en Inglaterra y Francia y, después, en Estados Unidos, la industrialización mejoró las aspiraciones y las condiciones de vida femenina. En España no fue así; quiero decir que el desarrollo industrial tuvo una menor importancia, al tiempo que persistieron los poderosos frenos del conservadurismo social y de la religión, de manera que el feminismo, en nuestro contexto, fue un movimiento reivindicativo con bastante menos brío, casi puramente testimonial, al menos durante sus primeros tiempos, hasta pasada la primera década del siglo XX.

En su tiempo, no ya Felipe Trigo, quien, en realidad, vivió bastante alejado de esas preocupaciones, muy pocas personas en España tenían una idea cabal del feminismo ni de la defensa de la mujer, de su dignificación social, jurídica, política, que sólo el lento y prolongado curso de las ideas y de los hechos iría conformándolo con un discurso cabal ya en los previos de la segunda República.

Las ideas de los socialistas Fourier y Bebel sobre la mujer, la familia y la organización del trabajo serían recibidas en España como si procedieran de una encarnación del mismísimo diablo. Nadie, ni si quiera los propios socialistas españoles, estaba preparado para recibir unas propuestas tan rompedoras y avanzadas. Los mismos líderes socialistas mantendrían posturas más moderadas. El órgano impreso oficial del Partido Socialista, entonces un movimiento político reformista, hacía hincapié en exclusiva en cuestiones relacionadas con la mejora de las condiciones de trabajo y en la satisfacción de algunos de los derechos femeninos como presupuestos suficientes para la definitiva emancipación social de la mujer. El propio Largo Caballero contestaría a la encuesta de Gregorio Martínez Sierra, en abril de 1917, que habían incluido el feminismo dentro del programa del partido “por puro sentimentalismo”⁷.

⁷ SCANLON GERALDINE, M.: *La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974*, Akal Ediciones, 1986, p. 236. Lo toma de la famosa encuesta de MARTÍNEZ SIERRA, G.: *La mujer moderna*, Estrella, Madrid, 1920, pp. 176-178.

En *La mujer moderna* se recogen las respuestas de destacadas personas del mundo intelectual a una encuesta de cinco ítems que realizó en abril de 1917 la que se hacía llamar María Martínez Sierra, que era, en realidad, María de la O Lejárraga, casada con el escritor Gregorio Martínez Sierra. Fue una infatigable feminista hasta su muerte en 1974 en Buenos Aires.

Y Luís Araquistáin, el teórico izquierdista más importante de dicho partido político, reconocía los derechos igualitarios de la mujer, pero, advertía que

*[...] la mujer es madre sobre todo y siempre hay que robustecer ese instinto en lugar de debilitarlo [...]*⁸.

En ese contexto, las ideas de Trigo sobre el amor libre, unas propuestas que irían poco más allá de la simple libertad sexual del varón, sin acompañarse si quiera de medidas constructivas para atajar sus consecuencias, sólo sirvieron para que la derecha más influyente encontrara nuevos argumentos para su propaganda antifeminista. Las ideas de Trigo fueron bien pronto estigmatizadas como una monstruosidad desatada por los enemigos de España con el fin de destruir la vida familiar.

Pocas y pocos fueron los que verdaderamente lucharon activamente por la satisfacción de los derechos de la mujer a comienzos del siglo XX en España. Es verdad que Felipe Trigo se afanó en denunciar el estatus inferior de la mujer de su tiempo, contribuyendo al desarrollo de una conciencia cívica más atinada respecto de la postergación femenina secular, pero, en general, sus ideas y propuestas sobre el papel de la mujer en la sociedad, -ficciones feministas, en realidad-, tendrían un eco imperceptible. También Clarín, Pérez Galdós, Palacio Valdés, Octavio Picón, y otros escritores de la época, a su manera, lo harían en sus narraciones modernistas y naturalistas.

EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL FEMINISMO

No cabe aquí abordar la historia del feminismo español, pero, a pesar de que pueda resultar farragoso, sí nos parece conveniente, sobre todo para el lector más interesado, pasar una apresurada revista a la misma, señalando las personas y publicaciones más relevantes, con el fin de permitirnos alcanzar una visión general prospectiva y diacrónica de este siempre controvertido movimiento social. Empecemos por insistir en el hecho de que en su tiempo no hubo feminismo auténtico alguno, tan sólo voces aisladas, más o menos capacitadas o legitimadas.

⁸ *Ibidem*, *locus cit.*, p. 236, que acude a la página 122 de misma fuente bibliográfica.

Adolfo G. Posada, autor de un excelente análisis exhaustivo, contenido en su libro *Feminismo* publicado en 1889, manifestó de una manera rotunda que en España no existía, en aquel momento, una corriente de opinión que pudiera identificarse con la reivindicación de los derechos de la mujer. Tampoco habría, en consecuencia, conexión alguna con el mundo feminista internacional. Lo que tocaba en España, en todo caso, era un feminismo culpabilizador más bien estéril, que no pasaba de la denuncia o de la simple toma de conciencia; un feminismo, por lo común, poco comprometido, percibido sin abandonar los discursos dominantes de una sociedad patriarcal; un feminismo no beligerante, dedicado más a sacar brillo a las cadenas que a romperlas. Es decir, algo a lo que, en propiedad, no podía señalarse como feminismo.

Por ejemplo, cuando Emilia Pardo Bazán fundó la *Biblioteca de la mujer* en 1891

*[...] era mi objetivo - confesaba ella misma en 1893-, difundir en España las obras del alto feminismo extranjero [...] Eran aquellos los tiempos apostólicos de mi interés por la causa. He visto, sin embargo, que aquí a nadie le preocupan gran cosa tales cuestiones, y a la mujer, aún menos [...] Aquí no hay sufragistas, ni mansas ni bravas [...]*⁹.

Algunos años después, en 1902, Concepción Saiz, una maestra de escuela como Carmen de Burgos, se lamentaba de que en España no hubiera aún la urdimbre intelectual y social capaz de enfrentarse a los asuntos que venía suscitando el feminismo internacional.

*[...] ¡Hablar de feminismo en España, donde todavía no saben leer ni escribir tres millones y medio de hombres y dos millones y medio de mujeres! ¡Feminismo aquí, donde la instrucción y la educación se hallan en mantillas [...]*¹⁰.

⁹ Emilia PARDO BAZÁN (1851-1921), políglota, culta, viajera incansable, poeta, novelista introductora del naturalismo en España, separada y autónoma, fue una catalizadora del feminismo en España al que abanderó en sus comienzos, dedicándole muchos ensayos en su *Nuevo teatro crítico*, recopilados en un volumen por Rocío Charques Gómez, siempre con un empeño permanente puesto al servicio del logro igualitario de los derechos sociales y educativos femeninos. Creó la *Biblioteca de la mujer* (1891-1893) para la edición de obras escogidas con interés para la mujer, como *La esclavitud de la mujer* de Stuart Mill, aunque el loable empeño tendría corta vida por el escaso interés que despertó en el mundo femenino de su tiempo.

¹⁰ VOLLENDORF, Lisa: *Literatura y feminismo en España (S. XV-XXI)*, Sicaria, Barcelona, 2005.

Geraldine M. Scanlon, la famosa hispanista inglesa, autora del mejor tratado historiográfico que se haya publicado sobre el feminismo en España, se hacía eco de una crónica sobre el Congreso Internacional de Mujeres de Berlín en 1904 en la que se lamentaban de que

*[...] como siempre, las españolas brillan por su ausencia; no parece que las mujeres de este país tengan la menor conciencia del mejoramiento que su suerte puede lograr por el esfuerzo colectivo [...]*¹¹.

El exhaustivo estudio de G. Scanlon no incluye, por cierto, entre su relativamente extenso catálogo bibliográfico de 190 títulos ni en su índice nominal, referencia alguna a Felipe Trigo.

A comienzos del siglo XX, en los tiempos de Trigo, las mujeres de Extremadura, las mujeres tristes de Extremadura y de toda España, humilladas y sometidas, con un muy escaso desarrollo personal, acuciadas por dramáticos problemas de subsistencia, no estaban para esas preocupaciones y reclamaciones. Un editorialista del *Correo extremeño*, por ejemplo, despacharía el asunto afirmando que

*“la mujer española no sentía el feminismo de las marimachos tan en boga en los países que se llamaban adelantados en el orden político”*¹².

Las propuestas feministas tropezaron, en efecto, con una sociedad muy poco permeable. En aquellos años tan difíciles, en los sectores sociales más conservadores el feminismo fue recibido como una maldición que caía sobre la familia y la sociedad para destruirlas, y sus representantes, unas viragos desaseadas que habían desertado de las trascendentes tareas del hogar.

En los pueblos y ciudades extremeñas, las mujeres protestaban y se amotinaban por la escasez y carestía del pan y por los gravosos impuestos al consumo. En Badajoz, en 1898, una algarada callejera determinó la declaración del estado de guerra; en Villanueva de la Serena, unos años después, otra se saldó

¹¹ SCANLON, Geraldine: *La polémica feminista en la España contemporánea 1868-1974*, Akal Ediciones, 1986, p. 195.

¹² BARRADO, Mercedes: “La violencia de género en el *Correo extremeño*”. *Revista de Estudios Extremeños*, 1998. Tomo LIV, n.º 2. Mayo-Junio.

con una muerte; en toda Extremadura, los numerosos conflictos y las exasperadas demandas sociales tenían que ver con la subsistencia. En ese paisaje social tan desolador apenas es posible identificar incipientes balbuceos prefeministas.

La gran mayoría de las mujeres españolas, a comienzos del siglo XX, no tenían ni si quiera conciencia de su verdadera situación. Margarita Nelken las llegó a comparar con los siervos prusianos que, aterrorizados ante la perspectiva de su libertad, comenzaron a llorar por la esclavitud perdida. Y Marañón, todavía en 1920, perplejo, refería que el público de *Casa de muñecas*, en el último acto, en lugar de aplaudir, acogía con risas, protestas o indiferencia, la valiente decisión de Nora, la protagonista, de abandonar la cárcel del hogar familiar¹³. La representación literaria de la mujer que les proponía Ibsen se alejaba atrevidamente de los cánones al uso. El prototipo femenino vigente lo mostraba Antonio Machado en uno de sus poemas

*[...] su obra es la casa/y es del hogar la musa ordenadora/alinea los vasares, los lienzos alcanfora/las cuentas de la plaza anota en su diario/cuenta garbanzos, cuenta las cuentas del rosario [...]*¹⁴.

La gran mayoría femenina, repito, permaneció, si no ajena por completo, sí bastante alejada de la cuestión de la mujer en los tiempos que le tocó vivir a Trigo, en los que el feminismo fue cosa de dos minoritarios grupos, el socialista y el católico, enfrentados entre sí, enfrascados en estériles disputas, que se desactivaron mutuamente, torpedeando el desarrollo de una única corriente aglutinadora feminista reivindicativa, aunque no tanto como los recalcitrantes antifeministas que habían encontrado en la Medicina, la Psicología y la Biología gruesos argumentos de oposición, que no eran, en realidad, nada más que la expresión de sus apriorismos y prejuicios.

Así pues, los comienzos del feminismo en España, hasta al menos el segundo decenio del siglo XX, fueron muy balbuceantes y dispersos. El Liceo de Badajoz, en 1846, ante las instancias de Carolina Coronado, declaraba socias facultativas, un hecho insólito, en aquel tiempo, en una institución tan típicamente masculina, a Encarnación Calero de los Ríos, Vicenta García Miranda, Joaquina Ruiz de Mendoza y Robustiana Armiño, en reconocimiento de

¹³ MARAÑÓN, Gregorio: *Obras Completas*, Editorial Espasa Calpe, Tomo III, p. 31.

¹⁴ MACHADO, Antonio: *Campos de Castilla*, Cícón Ediciones, 1998, p. 142.

sus merecimientos literarios acreditados, entre otros lugares, en el periódico semanal *El pensil del Bello Sexo*, una publicación dedicada exclusivamente a la mujer.

María del Pilar Palomo, profesora de la Universidad Complutense de Madrid, ha señalado a Carolina Coronado como una clara muestra de “escritora cívica”. Mostró repetidamente, en efecto, su preocupación por las dificultades para el acceso a la educación que padecía la mujer, como haría también el propio Felipe Trigo; pero ésta no es razón suficiente para considerarla, lo mismo que sucede con otras notables escritoras o *literatas* de su tiempo, como adscrita a compromisos o activismos feministas de distinto signo.

Más méritos atesoraron Walda Lucenqui, que publicó numerosos artículos en defensa de la educación de la mujer y Cristina García Laborda, directora en 1862 de la Escuela Normal de Maestras de Badajoz. Ambas convirtieron la Escuela en un vivero constante de mujeres que en sus destinos docentes se ocuparon activamente de la promoción intelectual y social de la mujer extremeña a lo largo del siglo XIX, un hecho al que, a nuestro juicio, no se le ha prestado la atención debida.

Ciertamente, las campanadas feministas venían de mucho tiempo atrás, de manera que este movimiento reivindicativo no surgiría por generación espontánea en un momento determinado. En efecto, muchas mujeres con anterioridad se sintieron concernidas socialmente reclamando un cambio de su situación. Hacía, en efecto, más de un siglo que Olimpia de Gouges en 1791 con su *Declaración de los derechos de la mujer y ciudadana*¹⁵ y en Francia y Mary Wollstonecraft con su *Vindicación de los derechos de la mujer*¹⁶, en 1792, en Inglaterra, habían denunciado abiertamente la relegación social de la mujer, si

¹⁵ Olimpia de GOUGES (1748-1793), inteligente y comprometida, en 1791 apareció su famosísima *Declaración de los derechos de la mujer y ciudadana*, que encabezaba con las siguientes palabras: “ Hombre ¿eres capaz de ser justo?, una mujer te hace esta pregunta; al menos no le quitarás este derecho [...]”

¹⁶ Mary WOLLSTONECRAFT (1759-1797) pensaba que el objetivo de la educación debía ser el de conseguir carácter como ser humano, independientemente del sexo al que se perteneciera. Abrió una nueva etapa en las corrientes feministas al plantear que el Estado debía reformar la educación y las normas jurídicas que regían el matrimonio, a la vez que las leyes deberían acabar con la subordinación de la mujer, no debiendo en lo sucesivo ser excluidas de la vida política. En su famosísima obra de gran repercusión social y política *Vindicación de los derechos de la mujer* (ISTMO, S.A., 2005), que fue publicada en 1792, quedaron recogidas todas sus valientes e innovadoras propuestas sobre la cuestión de la mujer.

bien es verdad que en sus alegatos no superarían el nivel de las críticas vertidas ya en 1673 por François Poulain de la Barre en su libro *De la igualdad de los sexos*¹⁷.

Sin embargo, para ser precisos, todavía algunos años antes, en 1629, Calderón de la Barca presentaría al público su comedia de enredo *La dama duende*¹⁸, cuya protagonista, Doña Ángela, una viuda atrevida y rebelde, capaz de burlar las restricciones sociales, luchaba ya en la ficción teatral por sus derechos de mujer. Algunas grandes mujeres, en el largo Siglo de Oro, se sintieron interpeladas socialmente, reclamando un cambio de su situación mediante verdaderas llamadas prefeministas. Por ejemplo, María Zayas Sotomayor (1590-1661), que en sus relatos, reivindicados como feministas por Emilia Pardo Bazán, hizo una defensa contundente de la mujer.

Otra escritora extremeña de la época, Catalina Clara Ramírez de Guzmán, (Llerena, 1618-1684)¹⁹, merece ser citada aquí. En realidad, la noble dama extremeña no puede ser considerada, en sentido estricto, como una poetisa feminista, pero sus sonetos, romances y décimas de tono, muchas veces, satírico, crítico o erótico, y sus versos desenfadados, llenos de frescura, reflejan una audaz y completa visión de la vida social, enfrentada a los tabúes y condicionamientos sociales y religiosos de la época.

España y Extremadura cuentan, pues, con una larga tradición de preocupación por la cuestión de la mujer en la literatura, aunque, en realidad, existan muchas dificultades para fijar su inicio real con precisión como tal activismo social.

Pero puestos a mirar atrás, habría que remontarse todavía más, nada menos que hasta Platón, quien hizo una defensa sin paliativos de la mujer en su obra *La república*²⁰. Reclamó efectivamente para la mujer la misma educación que

¹⁷ François POULAIN DE LA BARRE (1641-1723), *De la igualdad de los sexos*. Edición crítica de Daniel Cazés Menache. Universidad Nacional Autónoma de México, 2007.

¹⁸ CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro (1600-1681): *La dama duende*, Editorial Castilla. Ángela, la protagonista, entre bromas y veras, no se resigna a su condición de viuda y rompe con el restrictivo entorno familiar.

¹⁹ Catalina Clara RAMÍREZ DE GUZMÁN, puede verse en OLIVARES, Julián y BOYCE, E. S.: *Tras el espejo la musa escribe: Lírica española de los siglos de Oro*, siglo XXI editores, Madrid, 1993, pp. 153-208.

²⁰ PLATÓN: *La república*, Ed. Akal, 2009.

para el varón y defendió su participación en el gobierno y la defensa de la *polis*. Pero la postura de Platón fue la única voz verdaderamente discordante en un universo machista que se prolongaría hasta el siglo XV. En efecto, la tradición greco-romana, sobre todo las enseñanzas de los textos aristotélicos, reproducidas masivamente en todos los libros medievales hasta Santo Tomás, la gran corriente médica galenista, las influencias de los traductores árabes, los moralistas y educadores y la mentalidad religiosa de la época que ponía el énfasis en la castidad y el celibato, fomentaron un cerrado antifeminismo a lo largo de la Edad Media. A partir del siglo XV, escritores como Álvaro de Luna, Rodríguez del Padrón y Diego de Valera harían encendidas defensas de la mujer

*[...] para que la gloria de las virtuosas mujeres resplandezca, e la su honrra vaya mas creciendo, non solamente sera menester mostrarlo por enxemplos donde prueva el autor, por sotiles razones, que los viçios o menguas non vienen a las mugeres por naturaleza, mas por costumbre; a los cuales viçios non han más inclinación las mugeres que los ombres [...]*²¹.

Las damas *salonnières* de la Francia de los siglos XVII y XVIII también plantearon en sus conversaciones de salón la cuestión de la mujer, pero el feminismo igualitario, emancipador y reivindicativo, tal y como lo conocemos hoy día, tardaría aún muchísimos años en abrirse camino, imponiendo premiosamente sus ideas, algo que, sin duda, ha venido siendo un buen indicador de las dificultades que entrañan en todos los tiempos las modificaciones de las actitudes humanas.

La Ilustración, -de ilustrar, dar luz al entendimiento-, significaba para Kant *sapere aude*, ¡atrévete a pensar! Es decir, nada menos que conducir o dotar al hombre de la capacidad de pensar por sí mismo, valiéndose de sus propias luces. Ya antes, Feijoo²², que reflexionó también sobre la significación social de la mujer, en 1736, confesaba que, cuando escribía, caminaba sin más luz que la de su entendimiento. Lo que ambos, tanto Kant como Feijoo, querían hacer notar es que, con garantías racionales, habría que anhelar la libertad del hombre, pero procurándole la facultad de poder pensar libremente, un bien

²¹ LUNA, Álvaro de: *Libro de las claras y virtuosas mugeres*, Edición crítica de Manuel Castillo. MAXTOR-Edición facsimilar, Proemio, p. 21

²² FEIJOO, Benito Jerónimo: “Defensa de las mujeres”, Discurso XVI, Tomo I, *Teatro crítico universal*, edición digital disponible en Biblioteca cervantesvirtual. También en Icaria Editorial, 1997.

que sólo podía adquirir mediante la capacitación intelectual. De ahí la importancia que los hombres ilustrados desde Feijoo concedían a la educación como la base para el hombre libre nuevo y la nueva sociedad, para lo que se hacían precisas reformas políticas, sociales, económicas, educativas, culturales y religiosas, cuya introducción habrían de seguir un ritmo dispar en los distintos países.

Tras los alegatos de Olimpia de Gouges y de M. Wollstonecraft en la última década del siglo XVIII, hasta mediados del siglo XX no apareció quien recogiera de una manera señalada su testigo impreso. En 1949, Simone de Beauvoir dio a la imprenta un extenso ensayo, que sería calificado como la Biblia del feminismo, holístico y magistral, destinado a capitanear, junto a *La mística de la feminidad*, de Betty Friedan, la última ola feminista del siglo XX. Simone de Beauvoir, en su magna obra *El segundo sexo*²³, insistiría, de nuevo, en la vieja idea, ya expuesta por Wollstonecraft de que “las mujeres no nacen, se hacen”. Por su parte, en 1963, Betty Friedan, la mundialmente famosa feminista norteamericana, pondría la denominación al “malestar que no tenía nombre” de las mujeres de su tiempo. Entre ambas fechas, no habría otros manifiestos relevantes. Sólo denuncias de su falta de instrucción, de la postergación en el hogar y de las extremas dificultades para incorporarse al mundo laboral.

LA MUJER PARA FELIPE TRIGO

Coincidiendo siempre con los periodos faústicos de extroversión, propios de su trastorno afectivo bipolar, Felipe Trigo, sacudido por enormes tensiones y contradicciones internas, desarrolló en su literatura la idea de Fourier de que el amor era el mayor lazo de sociabilidad de los seres humanos. De manera algo esquemática, cabe decir que su novelística es una expresión literaria de la crisis del matrimonio tradicional y de la sumisión vergonzante de la mujer en el seno de una sociedad marcadamente patriarcal. En este sentido tuvo el innegable valor de hacer visible la postergación de las mujeres en una sociedad machista.

²³ BEAUVOIR, Simona de: *El segundo sexo*, Cátedra, Madrid, 1998, con prólogo de Teresa López Pardina.

En realidad, desde el principio de su carrera narrativa, Trigo, un escritor que según Ramón Gómez de la Serna claudicó para hacer una literatura fácil y comercial, de consumo, hizo de la cuestión sexual el eje capital de su temática novelesca, proponiendo nuevos arquetipos morales al respecto, que culminaron en su peculiar “trascendentalismo cósmico”.

La sexualidad reprimida por las convenciones sociales y morales era el nudo gordiano de la problemática de la mujer, según Trigo. En sus novelas aparece siempre la mujer estereotipada como objeto sexual. Es más, se consideró investido de una autoridad pedagógica mesiánica para ilustrar a la sociedad sobre estas cuestiones. Reformador utópico, Felipe Trigo dibujó una sociedad hipócrita en la que la prostitución, el adulterio, los matrimonios de conveniencia, el aborto y las enfermedades venéreas, en fin, todas las inconveniencias de la sexualidad humana, caían como una maldición sobre la mujer. La representación de la mujer en sus novelas no pasó, sin embargo, de la trillada figura de mujer-objeto, si bien con algunos toques más modernos o cosmopolitas, que tenían que ver muy poco con la verdadera realidad de la mujer española en general. Hasta la saciedad desplegó en su literatura su abstruso socialismo filosofante, pero sin darle lugar a propuestas clarificadoras de alcance integral en la cuestión de la mujer.

El erotismo como idea fuerte se convirtió en manos de Felipe Trigo en una estrategia para fustigar los tabúes sociales y morales en torno a la sexualidad. Habló de la sexualidad como la expresión de una sociedad y de una ideología, caducas e intolerantes, proponiendo con esa excusa, nuevos modelos y marcos de relaciones sociales, aunque sus arquetipos femeninos de mujer con un único significado, el relacional, necesitada pero no amada, le restaran méritos por sus rasgos inauténticos.

Para la hispanista Alma Taylor Watkins, en efecto

*[...] Exceptuando a Lucía en Del frío al fuego que representa a una intelectual casta, y a Rocío en Sí sé por qué, que representa a la Madonna (sic) desnuda, todas sus protagonistas femeninas pasan la prueba de la Venus desnuda para la perfección de su cuerpo. Todas son bellas y sensuales y religiosas, aunque moralmente débiles [...]*²⁴.

²⁴ TAYLOR WATKINS, Alma: *El erotismo en las novelas de Felipe Trigo*, Renacimiento, 2005, p. 185.

A pesar de estos reparos, una virtud debemos reconocerle. En el fondo, cualesquiera que fueran sus concepciones, hemos de creer que Felipe Trigo fue sincero en su propuesta de transformación del status social de la mujer. Pero no erraron, sin duda, del todo, sus numerosos detractores, quienes entendieron que, con aquel procedimiento mercenario y deleznable, de la literatura erótica, cualquier intencionalidad reformista e innovadora quedaba en entredicho.

El vehículo de expresión de sus ideas fue, en efecto, la literatura erótica. Para G. Scanlon

*[...] Por desgracia, muchas de sus novelas no alcanzaron la altura de los ideales que las inspiraron y sirvieron para robustecer las convicciones de quienes creían que las personas que defendían el amor libre eran monstruos de la lascivia [...]*²⁵.

Es decir, vendría a significar la hispanista filóloga inglesa, Felipe Trigo, dando argumentos a los enemigos del feminismo en España, prestó un flaco servicio a su causa. Con defensores y amigos como Felipe Trigo, el feminismo español no necesitaba enemigos, venía a decir.

En su primera novela, *Las ingenuas* (1901), el autor nos muestra un análisis sociológico de la situación de la mujer española, adornado, eso sí, con el celofán de las metáforas y paradojas retóricas en torno a su completa liberación sexual en el marco de una nueva moral social. Huyendo del naturalismo y del decadentismo, edificó, a partir de entonces, un nebuloso mito del amor como realidad maravillosa y como liberación, articulando, de este modo, una lectura unidireccional y única de la realidad social, cuya única virtud fue la de trasladar al debate ideológico general la cuestión sexual, hasta entonces subsumida en el inconsciente colectivo, pero que, al mismo tiempo, desvelaba o ponía en evidencia las dificultades de la literatura narrativa de Felipe Trigo. Anegada de palabrería retórica y crítica con la incorporación de juicios empíricos y constructos utópicos, resultaba poco permeable, según la expresión de Pfo Baroja, para poderse constituir en un eficaz instrumento de expresión de discursos auténticos, algo de lo que era consciente el propio autor, naturalmente.

²⁵ SCANLON, Geraldine M.: *Locus cit.*, p. 238.

Precisamente, Pío Baroja contaba haberle oído decir que

*[...] cuando en una de sus novelas necesitaba un intermedio, un relleno entre dos hechos importantes, ponía uno o varios párrafos confusos que no querían decir nada [...]*²⁶.

Desde luego que hemos de aceptar estas palabras del novelista vasco afincado en Madrid, un hombre hosco aunque habitualmente muy sincero, con alguna cautela. Pero sí debemos fiarnos, sin reserva alguna, de alguien que se mantuvo alejado del mundillo literario de la época, lleno de envidias, recelos e inquinas. Se trata de un hombre de una extraordinaria valía intelectual y ética, nada sospechoso, por otro lado, de mantener posturas inmovilistas; al contrario, defensor sin fisuras de posiciones progresistas e innovadoras. Me refiero a Rafael Altamira, quien, al tiempo que reclamaba, para los escritores e intelectuales comprometidos socialmente, una rigurosa responsabilidad y un extremado rigor en sus discursos y propuestas, aunque sin citar a Trigo expresamente, se lamentaba de

*[...] la osadía de esos redentores improvisados que mezclan su radicalismo muy diferente del que predicán los radicalistas auténticos, con las locuras de un delirio erótico considerado como el summum(sic) de la libertad redentora [...]*²⁷.

Más recientemente, ya en nuestro tiempo, Felipe Trigo ha cosechado idénticos reproches. Me permito traer aquí, a modo de ejemplo, las palabras de Iris M. Zavala

*[...] sus obras interesan sólo como muestras de la cosificación de la mujer y la autocomplacencia machista [...]*²⁸.

²⁶ GARCÍA LARA, Fernando: *Locus cit.*, p. 170, quien lo toma de BAROJA, Pío: *Desde la última vuelta del camino*, Planeta, 1970, p. 552.

²⁷ ALTAMIRA, Rafael: *Psicología del pueblo español*, Ed. Biblioteca Nueva, CICON Ediciones, Madrid, 1998, pág. 198.

Rafael Altamira, jurista, catedrático universitario, historiador, fue miembro de la Comisión de Juristas encargada de la elaboración del anteproyecto del Tribunal de Justicia Internacional de La Haya, del que sería nombrado uno de sus nueve jueces iniciales. Tuvo que exiliarse a México, tras la Guerra Civil española.

²⁸ ZAVALA, Iris M. y DÍAZ-DIACARTZ, Myriam: *Breve historia feminista de la Literatura Española III. Del S. XVIII a la actualidad*, ANTHROPOS, Barcelona, 1996, p. 244.

La transformación del amor defendida ardientemente por Trigo, particularmente en su novela *Alma en los labios*, exigía, claro es, una transformación profunda del papel social que la mujer venía representando hasta entonces. Esta es la idea que gravita medularmente en sus pretendidas propuestas feministas, un ideario profético de corte erótico, que veremos aparecer machaconamente en sus escritos teóricos. Se trataba, en realidad, de una idea heredada de Fourier. El pensador francés, el padre del término, defendía, en realidad, si queremos movernos dentro de un cierto rigor epistemológico, una emancipación instrumental de la mujer. El hombre, decía Fourier, tiene necesidad de la emancipación de la mujer para su propia emancipación, unas palabras que ninguna feminista actual que se precie avalaría.

Las palabras de Fourier, que tanto entusiasmaron a Trigo, no eran más que, aunque maquilladas con una apariencia de corrección, las mismas palabras suscritas por Rousseau, tiempo atrás, de que la mujer estaba hecha para complacer al hombre. También el Barón de Holbach había dicho algo parecido, si bien tras reconocer la importancia de la educación de la mujer. El título de uno de sus más famosos discursos no tuvo desperdicio. “*Qué clase de educación es más propia a la mujer para que procure la felicidad del hombre*”, un largo título, bien elocuente, que nos procura una idea bastante atinada de cómo discurría la cuestión en los siglos XVIII y XIX. Curiosamente, otro médico extremeño, Pedro Pascasio Fernández Sardino, de azarosa vida, ultraliberal, que había fundado y dirigido un periódico, *El Robespierre español*, y que luchó contra los franceses con el nombre de Pedro Luís Daoíz, sería uno de los principales divulgadores de las ideas de Holbach en España.

Fiel a estas tradiciones reformistas, Trigo mantendría años después unas tesis bastante parecidas. El discurso de Trigo en torno a la cuestión de la mujer, si se exceptúa su tenaz defensa de la educación femenina, no fue nada más que un desideratum profético formulado para tratar de convertir las premisas de Rousseau y de Holbach en realidad. Confundía, en realidad, las relaciones sexuales con el amor. La ambivalencia del novelista extremeño, muy al estilo de Flaubert, era bien manifiesta. Más que de igualdad, habló de complementariedad. Estaba claro que Trigo perseguía dos cosas, hacer el pastel y comérselo a un tiempo.

Esa ambivalencia produjo notables diferencias en el abordaje y el tratamiento de la problemática femenina en sus libros teóricos y el que mostró, sin embargo, en todas sus novelas, si salvamos el contenido de *La bruta* (1908), única novela en la que se ilustra con bastante precisión la inferioridad social de la mujer.

Martínez San Martín sería bien explícito al respecto:

[...] su feminismo teórico, que no deja de ser un catálogo de buenas intenciones, se diluye en el abigarrado mundo novelesco del autor [...]²⁹.

La consecuencia es que no quedará más remedio que tomar con ciertas cautelas sus propuestas teóricas. El hecho pone de relieve, además, lo arriesgado que pudiera resultar la formulación de juicios teleológicos de su literatura atendiendo únicamente a este primer género de su producción literaria. No tanto, en cualquier caso, como el de quienes, basándose en el contenido de sus novelas, se atrevieron a calificarle como un monstruo de la lascivia.

Es evidente, a pesar de todo, que Felipe Trigo dio sobradas muestras de su vocación reformista. No está justificado dudar por completo de su sinceridad. Su permanente afán de intervenir en los periódicos de la época para exponer sus ideas y propuestas sociales y políticas, persuadido de la importancia de la literatura dirigida al público mayoritario para la difusión de los nuevos pensamientos, reformas e innovaciones sociales, es la mejor prueba de su sinceridad, aunque coincidieran, al tiempo, otras razones menos honrosas.

Escribir era para Trigo una responsabilidad social en unos tiempos en que surgía en España un gran movimiento intelectual reformista e innovador que alcanzó a la literatura. Debió ser insuperable para el escritor extremeño desligar su tarea de novelista con su actitud de franca rebeldía frente a una sociedad cerril e hipócrita. Se esforzó en la denuncia de las lacras de aquella comunidad social trasladándolas a sus narraciones, tanto como lo hizo por aparecer distanciado y divorciado de esa misma sociedad.

Pero puede decirse, sin temor a equivocación alguna, que Felipe Trigo permaneció muy alejado de las verdaderas corrientes feministas de su época, reivindicativas de los derechos de la mujer, tardías herederas de la Ilustración, que tomaron de los krausistas la defensa acérrima de la educación igualitaria.

Celia Amorós, en *Tiempo de feminismo*³⁰, ha hecho una reconstrucción histórica admirable del discurso del movimiento feminista, en especial, durante y a partir de los tiempos de la Ilustración. Siguió un paulatino alejamiento

²⁹ MARTÍNEZ SAN MARTÍN, Ángel: *La narrativa de Felipe Trigo*, CSIC, Madrid, 1983, p. 102.

³⁰ AMORÓS, Celia: *Tiempos de feminismo*, Editorial Cátedra. Madrid. 1997.

tanto de los cíclicos conatos emancipatorios androcéntricos, en uno de los cuales, con el devenir del tiempo, cabría, a lo sumo, inscribir a Trigo, como del constructo epistemológico de Atlántida sumergida, explicativo de la postergación de la mujer, en beneficio de los más firmes y fértiles y rigurosos caminos de la racionalidad crítica, la única corriente verdaderamente precursora del feminismo actual.

La Ilustración había dado vuelos a las voces feministas en Europa, pero, a finales del XIX, el feminismo más ortodoxo y auténtico, el feminismo igualitario e individualista, que concebía a la mujer como un sujeto libre y autónomo, se hizo extraordinariamente minoritario, diametralmente opuesto y distanciado, en las antípodas, de los presupuestos de Felipe Trigo. ¿Qué ocurrió? Pues que el jacobinismo, el talante misógino de Rousseau con su idea de la complementariedad, y otras razones, como muy bien ha sido dado a conocer por María J. Villaverde, profesora de Ciencia Política de la Universidad Complutense de Madrid, a algunas de las cuales ya hemos aludido, desinflaron el globo inicial, dando cabida a un feminismo bastardo, no igualitario, que aceptaba el discurso de la diferencia, que es donde, con muchas salvedades, cabría, si acaso, identificar a Trigo. Pero se trataba ya de un feminismo interesado. La aceptación de la maternidad dentro del modelo patriarcal imperante, que no pusieron en cuestión, y el respeto de las diferencias, cercenaron sus aspiraciones primitivas, al configurar un nuevo modelo de feminidad centrado en la figura de la *femme au foyer*.

Ilustrados y krausistas lucharon porque la mujer recibiera la educación que le correspondía. Fernando de Castro (1814-1874) fue, sin duda, la personificación de este espíritu innovador en España, preocupado especialmente por la promoción educativa y profesional de la mujer. Él lideró la fundación de la Asociación para la Enseñanza de la Mujer en 1869, impulsora del Aula Dominical de conferencias, -en la que participó el extremeño José Moreno Nieto activamente³¹-, de un limitado impacto social.

Cuando ya las ideas emancipatorias de la Ilustración habían conducido el movimiento feminista hacia las plataformas de la modernidad donde se des-
volvieron Rosalía de Castro, C. Arenal, Carmen de Burgos, M. Martínez

³¹ ESPAÑA FUENTES, Rafael: "La educación en Extremadura en el siglo XIX", *Revista de Estudios Extremeños*, año 2001, Tomo LVII, Enero-Abril, p. 177.

Sierra, la más joven Clara Campoamor y la entusiasta luchadora Emilia Pardo Bazán, quien trajo a su país el libro de J. Stuart Mill, *La esclavitud femenina*³², el cual tradujo y prologó, siguieron surgiendo voceros feministas en nuestro país. Algunos eran voceros de “juez y parte”, como Felipe Trigo, pues se mantenían apegados a la vieja idea rouseauniana de que sin la Sofía doméstica y servil, no podía existir el Emilio libre y autónomo; una idea, por cierto, no tan rotundamente expuesta en el libro V de su *Emilio o la Educación*³³.

O dicho de otra manera, después de todo, la mujer había de tener la identidad que el varón la atribuyera, tras de cuya descarada propuesta se escondía simplemente la pretensión de verla convertida en objeto de seducción e instrumento de placer; es decir, la mujer quedaba situada fuera del “logos”, atendida al placer y a la subsistencia en los escenarios domésticos, como veríamos tiempos después en una buena parte de la producción literaria de Felipe Trigo.

Ese fue el rol asignado a la identidad sexual biológica de la mujer, que, precisamente, resultaba consistente con los prejuicios machistas de aquella sociedad y, claro es, con las opiniones que al respecto abrigaba Felipe Trigo. Esta forma de estereotipar el rol femenino, tan propia, en realidad, de toda la literatura sicalíptica del siglo XX acarreó muy graves consecuencias a la causa feminista al retroalimentar prejuicios sociales muy negativos en torno a la mujer.

Así es presentada Adria, la protagonista femenina de la novela *La Altísima*, que, en este sentido, resulta una obra emblemática, en la que, como casi siempre en las obras de Trigo, el sacrificio de la mujer constituye el principal resorte dramático. En cambio, Víctor, trasunto suyo, el protagonista masculino, se nos presenta como un galán donjuanesco, un machista estúpido, narcisista y sádico, “domador de mujeres”.

En *La Altísima*, que está cimentada, en efecto, sobre una aventura amorosa reciente del propio autor, lo hermoso, el amor, la sexualidad se pervierten por las influencias del medio y de la educación. En esta obra, como en la mayoría, la escritura del novelista villanovense es la expresión de sus experiencias

³² STUART MILL, John (1806-1873): *La esclavitud femenina*, Artemisa. 2008. Prólogo de Emilia Pardo Bazán.

³³ ROUSSEAU, Jean-Jacques: *Emilio o la Educación*, Alianza Editorial, 1998. También, edición digital, con traducción de Ricardo Viñas, disponible en <http://www.educ.ar> consultada el 3-XI-2009.

de vida, mostradas de una manera narrativamente explícita por el autor, en una búsqueda insaciable de los caminos por donde alcanzar la armonía entre lo sensorial y orgánico y lo espiritual, entre la realidad y la ficción, como antesala del orgasmo cósmico. Unas indagaciones, por cierto, revestidas con un lirismo bastante desacertado, que resultarán infructuosas ante la imposibilidad de hacer realidad sus quimeras y de poder conciliar sus paradojas conceptuales. La simple lectura de un párrafo del texto de esta novela nos ahorra más comentarios.

[...] en cueros rezando delante de la Santa y del amante [...] pagana y cristiana en la alfombra, sentada con un pie bajo el muslo y en la otra rodilla las manos enlazadas en éxtasis [...] digno de la estática enamorada de Jesús [...]

Está fuera de toda duda que le preocupó la situación social de la mujer y el atraso de la sociedad española, abocada necesariamente a un cambio profundo. Felipe Trigo perteneció a la primera tropa de literatos que, sin dejar de serlo, penetraron en el mundo de las ideas de su tiempo, de manera que fueron, a la vez, literatos y pensadores, que escribían con la secreta aspiración de poner un cierto orden en el mundo de su alrededor.

Debatir si fue un “sentidor” emotivista o un pensador es una cuestión irrelevante en este lugar. Todos los novelistas son, en realidad, de alguna manera, intelectuales malogrados, porque la verdad, la imaginación y la belleza no suelen caminar ni concurrir juntas. La literatura muestra, pero no demuestra. Su literatura concede prioridad a las obsesiones e intuiciones, antes que a las ideas. Los literatos, poco dispuestos, por lo común, a adaptarse al rigor formal de la reflexión intelectual y con una erudición capaz de dejar muchas lagunas, contradicciones e imprecisiones, disponen de una pluma poco dispuesta a sistematizar sus propuestas y razonamientos.

Dicho de otra manera, son antes poetas que filósofos. De ahí que el discurso ideológico no haya sido nunca una propiedad relevante de la literatura novelesca, que soporta mejor los mensajes simplemente reformistas y moralizantes.

Es evidente que Trigo, además, sufrió las consecuencias del excesivo doctrinarismo de la época, aunque queda por saber hasta qué punto fueran auténticas sus propuestas morales, sociales e ideológicas, o, por el contrario, su única razón de ser no fuese, en realidad, más que el medio para tratar de afamar y enriquecer sus textos eróticos, al borde siempre de la procacidad e insustancialidad tan características de esa literatura.

En cualquier caso, poco le importarán las contradicciones. A pesar de sus compromisos personales y de su vocación didáctica, no llegó a concebir la literatura como una especie de servicio público, como podría deducirse de sus ingenuas creencias en su destacada capacidad instructiva. Como dijo André Gide, los buenos sentimientos no suelen generar buena literatura. Afortunadamente, para servir a sus ideales reformistas, nunca sacrificó enteramente su vocación literaria, aunque para cada uno de sus lectores quede estimar hasta qué punto su esfuerzo valió la pena. Le bastó con ofrecer un testimonio de la realidad objetiva.

Espoleado por las derivas hipomaniacas de su trastorno bipolar, aspiró únicamente a ser un gran escritor, cuyos límites deberían ser fijados por su propia imaginación y sus sentimientos y no por exigencias discursivas conceptuales venidas de fuera. Tanto fue así que, traicionando sus demonios interiores, se sabía un escritor sin nervio ni fuste. “Nunca nadie escribió nada que no fuera para salir del infierno”, ha dicho Antonin Artaud. Pero nunca sabremos con exactitud los niveles de las influencias que su enfermedad ejerció en su espíritu.

En realidad, son sus experiencias de vida las que le importan, las que, por cierto, no estará dispuesto a sacrificar en aras de su coherencia intelectual. Con ellas, con esos materiales psicobiográficos es con los que Trigo, provisto de unas innegables dotes mitopoyéticas, proyecta utópicos escenarios sociales en sus libros teóricos, que tanto recordaban a los *falansterios* de Fourier o a las comunidades de Owen, unas utopías arcaicas en las que las relaciones sexuales, suprimida la familia tradicional, promiscuas, libres, incestuosas, quedaban aseguradas. Como ya se dice en otro lugar, Felipe Trigo se convirtió en juez y parte. Como él proyecta en sus escritos es como realmente quería vivir. En sus novelas, la mujer, una nada intelectual, es necesitada, no amada.

Todo lo que se le ocurre a Felipe Trigo para tratar de resolver la cuestión de la mujer, lo que está dispuesto a recomendar, es, entonces, mejorar su educación, pero haciéndola caminar, a un tiempo, hacia una especie de egoísmo sexual ejercido a dúo, en el que la mujer quedaba convertida en un icono sexual. Y dicho lo cual ya sólo cabría esperar que la profecía de su feminismo interesado, inauténtico o no igualitario se cumpliera.

Mientras que Emilia Pardo Bazán se constituía por derecho propio en portavoz de cientos de miles de mujeres que alimentaban en silencio aspiraciones de justicia y libertad, considerándolas como sujetos de derechos, educación, ciudadanía y sufragio, Trigo tomaría el camino de la simple reivindicación

ción de la mujer como instrumento de placer, como el Víctor de su novela *La Altísima*. En este sentido sus confusas propuestas de convertir a la mujer en una mezcla de Venus y Purísima Concepción resultan realmente esperpénticas.

FEMINISMOS AUTÉNTICOS / FEMINISMOS INTERESADOS

Por lo demás, el camino de este feminismo interesado de Trigo ya estuvo bastante transitado desde mucho tiempo atrás. Muchos años antes, en efecto, Richard Carlile³⁴ había hecho coincidir el amor con el sexo, concediendo a la sexualidad una virtualidad moralizadora y reformadora, a la vez que denunciaba el sometimiento de la mujer. Unas ideas que, voceadas por Stuart Mill en *La esclavitud femenina*, tendrían un enorme impacto en la mayoría de los países europeos, aunque poco peso en los cimientos del movimiento feminista más auténtico, por cuanto el propio Stuart Mill sacrificaría sus aspiraciones igualitarias en beneficio del utilitarismo de la mujer casada en el hogar.

El movimiento feminista estuvo muy ligado a la revolución industrial del último tercio del siglo XVIII y a la incorporación de la mujer al mundo laboral. Digamos que el discurso feminista, que ganaba múltiples adeptos en Francia e Inglaterra, el feminismo liberal sufragista, pero más aún en Estados Unidos, apenas si contaba con verdaderos seguidores en la España de las postrimerías del siglo XIX; un feminismo no sufragista, me refiero al nuestro, que mostró, además, en efecto, un menor interés en las reivindicaciones de índole política. Por razones algo distintas, tampoco en el resto de Europa las cosas irían mucho mejor.

En los tiempos de Felipe Trigo el activismo feminista estuvo sostenido en España por un ramillete de mujeres batalladoras que, poco a poco, a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX, fueron conformando la opinión pública al respecto. Hacia 1910, el Partido Socialista empezó a mostrarse interesado por la cuestión de la mujer, pero la mayoría de sus dirigentes eran bastante reacios a confiar a las mujeres puestos directivos en sus organizaciones sociales. Margarita Nelken se quejaba en 1913 de la pasividad de las mujeres socialistas, más preocupadas, decía, de los logros de sus maridos que de la reivindicación de sus propios derechos.

³⁴ CARLILE, Richard (1790-1843): *El amor en serio*. Trama. Madrid, 2009.

Defensor a ultranza del placer, hizo coincidir el amor con el sexo, a través de una visión idealizada de la animalidad. Ejerció una destacada influencia sobre Stuart Mill.

En ese tiempo, sin embargo, ya comenzaron a aparecer, junto a voces aisladas, numerosas asociaciones femeninas, de todos los signos ideológicos, que tomaron la bandera de la defensa feminista en toda clase de publicaciones. Sin duda, fue la Asociación Nacional de Mujeres Españolas (ANME), de orientación derechista, la más numerosa e influyente, aunque la maraña de iniciativas individuales y colectivas haga muy difícil o imposible, más bien, deslindar aquí quien fue quien, tras la muerte de Trigo, en el activismo feminista español, cuando, además, ese no es nuestro propósito.

Hasta 1921, en realidad, el feminismo no rebasó en España los límites de la letra impresa. Ese año, Carmen de Burgos llevó a la Cruzada de Mujeres Españolas a una manifestación en Madrid en la que abiertamente se reclamaba el derecho femenino al sufragio. Su manifiesto fue hecho llegar hasta las Cortes y el Senado. *El Heraldo de Madrid* se haría eco de aquella gran manifestación, que tuvo un gran impacto social, señalando que “acababa de producirse el amanecer de un serio movimiento feminista”. Que duda cabe que en todo ese recorrido del movimiento feminista en España durante los comienzos del siglo XX difícilmente puede hacerse un hueco al infatigable novelista de Villanueva de la Serena, quien no tuvo más presencia que unos breves artículos insertados en un periódico socialista sobre la situación de inferioridad de la mujer, de los que daremos cuenta en otro lugar.

Durante mucho tiempo, ha habido una tendencia equivocada a identificar el feminismo auténtico únicamente con el que enarbó la bandera de la lucha por el sufragio femenino. Si fuera así, ya hace años, desde que se reconocieron los derechos políticos de la mujer, que habría desaparecido. Sin ser sufragista, precisamente, Emilia Pardo Bazán fue, sin duda, la primera feminista en serio en nuestro país. Por cierto, ignoro si por esta razón, ha merecido sorprendentemente, muy escaso interés, en general, a una facción, la más bulliosa y radical de las actuales activistas de los derechos y de la promoción social de la mujer, practicantes de un feminismo andrógino bastante pobre culturalmente, basado en el antagonismo irreducible de los sexos, un feminismo firestoniano³⁵, radical, revanchista y maniqueo, desconecedor de que el

³⁵ SHULAMITH FIRESTONE: *La dialéctica de los sexos*, Editorial Cairos, 1976. Barcelona. En esta obra, desde una óptica marxista radical, trató de explicar las características de las relaciones de género y sus conflictos de dominancia.

mejor modo de promocionar y dignificar a la mujer no es, precisamente, demonizar a los hombres. No creo que llamar la atención de una manera exasperante sobre “la maldad de los hombres” sea la única manera de hacer notar las premisas feministas. Su imaginario feminista parece tener dificultades insuperables para articular un discurso con sus premisas sin insistir en los tópicos misándricos habituales ni recurrir a la victimización secundaria de la mujer.

Algunas de estas feministas radicales, incluso, reniegan de su feminidad en aras de un igualitarismo absurdo y miope, a mí entender, el cual pretende hacer abstracción de su condición sexual, cuando, en realidad, las desigualdades por sexo empiezan, residen y terminan en la educación.

REPRESENTACIÓN DE LA MUJER EN LA NARRATIVA DE FELIPE TRIGO. AUSENCIA DE UN DISCURSO PROPIAMENTE FEMINISTA.

Felipe Trigo, un escritor muy autorreferencial, habló casi siempre como hombre, no como ser humano o pensador; dicho de otra manera, se mostró como juez y parte interesada en los asuntos de la mujer. Se adscribió interesadamente a un pretendido feminismo oportunista; una postura que se dejaría notar en su producción literaria y en la que esta postura influiría poderosamente.

Las novelas de Trigo, tan creído, por otro lado, de su papel de reformador social, adolecieron de una falta de representación totalizadora de la mujer, quien sólo tenía una significación relacional, que resultaría escasamente creíble. Sus protagonistas femeninas son sujetos activos y pasivos sufridores en el ámbito exclusivo de la afectividad. Amar y ser amadas o desamadas, libertad y represión sexual, ese era el binomio excluyente de su universo existencial. Sus representaciones de mujer “mejor bonita que inteligente”, la mujer cosificada, convertida en objeto sexual en su novelas eróticas, qué duda cabe que supusieron un poderoso refuerzo de los estereotipos sexistas y discriminatorios circulantes.

Toda la novela erótica o sicalíptica de comienzos del siglo XX tuvo el discutible mérito de estereotipar a la mujer conforme a los modelos de su público lector. Dicho de otra manera, las recreaciones femeninas que discurrían por aquellas novelas respondían a unos estereotipos cuyos atributos de género le resultaban consistentes a la sociedad machista de la época, que aspiraba a tener a la mujer atada en el hogar, aunque dispuesta siempre a satisfacer las

demandas sexuales del varón consorte o no. Se tendía así a considerar a las mujeres como servidoras del hogar y como objeto de placer sexual, conforme a los prejuicios de género vigentes. Las representaciones femeninas funcionaban como profecías autocumplidoras, dada la tácita inclinación social a reproducir siempre los comportamientos estereotipados.

En sus novelas, los abogados, médicos, ingenieros son siempre varones, mientras que sus mujeres parecen seguir el patrón de Nietzsche de “amar y no pensar”³⁶. Sobre las influencias de este filósofo, bien estudiadas por Sobejano, cabe decir que, al igual que le sucede con respecto a otros pensadores influyentes de su época, aunque hubiera algunas referencias en su producción literaria como la de que ‘si vais con mujeres, no olvidéis el látigo’, no lo conocía bien, de una manera sistematizada³⁷.

En realidad, parece como si sus protagonistas trabajasen no para procurarse su autonomía personal, sino para el sostenimiento de la vida ociosa y mujeriega de sus maridos. Ese fue, precisamente, su propio perfil conyugal, de manera que sus modelos femeninos más se parecían paradójicamente, al de *La Perfecta casada*³⁸, de fray Luís de León de “tomad mi consejo, hilad y cosed” que del tipo de mujer que los incipientes movimientos feministas de la época querían imponer con sus programas de lucha social, política y jurídica.

Sólo y a través de la sexualidad, explicitada en términos de represión y liberación, como ya ha señalado el prestigioso crítico literario suyo, Fernando García Lara, las mujeres de Trigo ascienden a la categoría de protagonistas, algo que, hay que reconocerlo, resultaba bastante novedoso. Nunca antes había sucedido algo así. Pero, ojo, buscaba la emancipación y el igualitarismo de la mujer no a través de su promoción intelectual o jurídica, sino de la sexualidad y el erotismo como la verdadera fuerza liberadora y bienhechora.

No inventó nada, desde luego. Tuvo, sin embargo, el atrevimiento de llevar a sus textos novelescos lo que circulaba subrepticamente en la socie-

³⁶ NIETZSCHE, Friedrich (1844-1900), amante de la vida y de la naturaleza, fue uno de los pensadores más influyentes de su tiempo. Sobre Trigo ejerció una influencia que resulta notoria. Tal y como desarrolla en su *Más allá del bien y del mal* (1886), (Alianza Editorial, 1997), de un colosal impacto en las postrimerías del siglo XIX, defendía que todo lo que se hace por amor está más allá del bien o del mal.

³⁷ SOBEJANO, Gonzalo: *Nietzsche en España*, Gredos, Madrid, pp. 233.

³⁸ Fray Luís de LEÓN (1527-1591): *La perfecta casada*, Editorial Simancas, 2005.

dad, aunque arropado debajo de las buenas maneras y los tabúes y represiones de una sociedad descaradamente hipócrita. Las protagonistas de Trigo, ni siquiera pueden calificarse de *bovaristas*³⁹, pues lo son a través de su liberación sexual, venciendo las restricciones sociales y morales, más que por su valía intelectual y sus logros en el ámbito social, educativo, político o jurídico; es decir, sin necesidad de tener que abandonar sus escenarios domésticos privados. Exageró, sin duda, Lily Litvak cuando pretendió ver en las protagonistas femeninas de sus novelas a las precursoras de las actuales actrices del *women's lib*⁴⁰.

Es pues, el suyo, si es que se puede decir así, un feminismo a medias, no, mejor, un feminismo de medio cuerpo para abajo, un feminismo freudiano y profético, falocéntrico, que no se corresponde para nada con las verdaderas aspiraciones de la mujer de su tiempo.

Martínez San Martín recogió, al respecto, la opinión de Julio Cejador, una crítica que nos resulta algo despiadada, sin duda

*[...] Los hombres y las mujeres que Trigo pinta [...] pertenecen al tipo degenerado, cuyo único anhelo es cohabitar, cosa puramente animal y tan fea, por el consiguiente, como el regoldar, vomitar y el descomer [...]*⁴¹.

El verdadero discurso feminista es siempre un discurso igualitario emancipador atenido a las aspiraciones y demandas de las mujeres. Es decir, referido siempre, por un lado, a la manera en que las mujeres han analizado su situación de inferioridad y subordinación y, por otro, a la manera en que lucharon por superarlas. Se trata de un activismo social que, a lo largo de los años, ha sido reelaborado permanentemente ante las nuevas coyunturas o discursos, invadiendo nuevos escenarios de lucha reivindicativa. El feminismo sufragista, al que ya nos hemos referido, fue una etapa más en el largo y azaroso proceso evolutivo de las reivindicaciones de la mujer. Trigo se limitó a poner el énfasis en la importancia de la educación para la emancipación de la mujer.

³⁹ Las *bovaristas* tuvieron como modelo a Emma Bovary, la famosa protagonista femenina de la obra maestra de Flaubert, que perseguía el logro vehemente de la felicidad.

⁴⁰ LILY LITVAK: *Erotismo fin de siglo*, Antoni Bosch editor, Barcelona, 1979, pp. 157-227. En las páginas 185 y 186, la autora deja establecida esta consideración.

⁴¹ MARTÍNEZ SAN MARTÍN, Ángel: *La narrativa de Felipe Trigo*, CSIC, 1983, p. 91.

En este sentido, las censuras y críticas de su obra novelísticas formuladas, por ejemplo, por Colombine⁴² resultarían justas y aleccionadoras. Como la famosa feminista malagueña afirmaba, ni la mujer trabajadora ni la mujer intelectual le merecieron especial consideración a Trigo. Sólo la mujer como instrumento de placer, sólo el amor libre sin compromisos recíprocos que, obviamente, como único mimbre, para edificar la promoción de la mujer, resultaba bastante precario, hasta insultante y claramente interesado.

Digámoslo de una vez, el controvertido novelista de Villanueva de la Serena fue un enfermo bipolar que vivió desbordado por una pulsión libidinosa copulatoria durante las frecuentes fases maníacas o hipomaniacas de su enfermedad, pulsión que fue el eje de una sexualidad falocéntrica en la que el papel de la mujer quedaba reducido a un mero objeto de placer y conquista. Claro es que no se trata de maliciar una conducta sexual que beneficia a ambos sexos, aunque puedan fluir detrás las sombras amenazantes de la explotación reproductiva de un sexo sobre el otro. En cualquier caso, ninguna estrategia reproductiva sería estable si no sucediera así, pero esa no es, de todos modos, la única expectativa de la mujer en la vida, como tantas veces diera a entender Felipe Trigo en sus novelas.

Pero no sólo Colombine, pionera del feminismo moderno, sino, más recientemente, las muy autorizadas investigadoras Amelia Valcárcel, Mary Nash, María T. Gallego, Celia Amorós, Rosa M. Capel, Lisa Vollendoff, G. Scanlon, que han estudiado exhaustivamente la historia del feminismo novecentista en España, no se han hecho eco del pretendido activismo feminista de Felipe Trigo, quien jamás salió inequívocamente en defensa de esas causas sociales. No podía, sencillamente, maniatado por sus propios fantasmas y pulsiones sexuales. Una cosa era predicar y otra, bien distinta, dar trigo.

Yo creo, pues, con todos los respetos, en conclusión, que, en realidad, sin que este juicio suponga una condena desabrida de su encomiable obra literaria, Trigo defendió un seudofeminismo que me atrevo a llamar interesado, a

⁴² COLOMBINE, pionera del feminismo en España, es el seudónimo con el que se conoció a la periodista Carmen de BURGOS (1867-1932), quien abandonó a su marido para establecerse en Madrid con su hija, siendo la primera corresponsal de guerra en España. Durante un tiempo fue Catedrática de la Escuela Normal de Maestras de Toledo. Republicana, progresista, adelantada a su época, de las primeras mujeres que reclamaron el sufragio universal y la legalización del divorcio, una batalladora incansable que fundó la Liga Internacional de Mujeres Ibéricas e Hispanoamericanas.

medio camino, que no llegó a traspasar el ámbito de un diagnóstico situacional de la mujer de su tiempo o el de una simple formulación o propuesta teórica endeble que no tendría repercusiones en sus arquetipos femeninos novelescos; simplemente era capaz de compadecerse de sus propios apegos sexuales y de su propia conducta social. No era poco, de todos modos. Otros colegas suyos no mostrarían interés alguno por la cuestión de la mujer o, incluso, se mostraron abiertamente antifeministas.

Como un buen Emilio rousseauiano, a su mujer, una estudiante universitaria como él, la recluyó en el hogar para que se limitara al mundo doméstico y a la crianza de los hijos. Quiero decir que entre sus propuestas ideológicas y su propia vida hubo un abismo insalvable. Sin embargo, gracias, en buena parte, a Trigo penetraron en España algunas innovadoras ideas sobre la emancipación de la mujer. Poco bagaje, a pesar de todo, para colocarle la etiqueta de feminista.

Mientras hablaba formalmente en *Socialismo individualista* y en *El Amor en la Vida y en los libros*⁴³, donde reconoce expresamente la influencia de Charles Fourier, aparte de la del mismo Owen⁴⁴, de la igualdad de sexos y de los derechos femeninos, era capaz de relegar a su esposa al ámbito doméstico; es decir venía, en la práctica, a dar cumplimiento al principio de Engels, de quien también recibió influencias notables, de que en la familia, el marido es el burgués y la esposa el proletario. No cabe mayor contradicción.

En la prensa periódica, por la que tanto interés mostró siempre en su vida, persuadido de su papel en la formación de la opinión pública y, -también, todo hay que decirlo-, como trampolín para su promoción como escritor, tendría algunas intervenciones muy puntuales a favor de la mujer. En el periódico *Vida socialista* publicó tres artículos. *El amor y la mujer* (27- IV- 1910), *Lo inevitable* (1-V-1910) y *Modos de amor. Naturaleza de la mujer* (25-II- 1912),

⁴³ TRIGO SÁNCHEZ, Felipe: *Socialismo individualista* (Renacimiento, Madrid, 1920), *El amor en la vida y en los libros* (Renacimiento, Madrid, 1920).

⁴⁴ OWEN, Robert (1771-1858), un socialista utópico que, como Fourier, defendía que las condiciones de vida determinaban la suerte del individuo. Sus teorías tendrían un amplio eco en la obra de Felipe Trigo.

todos ellos unos modestos alegatos feministas redactados tras rebuscar en diferentes capítulos del texto de su *El Amor en la Vida y en los Libros*⁴⁵. Esos artículos estaban muy lejos de representar un análisis riguroso de la situación de la mujer en su tiempo ni de contener propuestas relevantes.

No nos engañemos, la mujer, para Trigo, y su significado eran los representados en su famoso ex libris. Denunció reiteradamente la postergación femenina, pero a él lo que verdaderamente le gustaba era desnudar a las mujeres. Le sucedería como le aconteció mucho antes a Stuart Mill, quien se vio obligado a sacrificar sus ideales feministas ante el beneficio utilitario en el hogar de la mujer casada, adscribiéndola a la esfera privada para cumplir con su papel de instrumento de placer y procreación.

Precisamente, Ibsen, en 1879, en su *Casa de muñecas*, se rebelaría claramente contra esa situación, defendiendo la relación entre sexos sin sumisiones ni dominios excluyentes. Su protagonista, Nora, como Emma Bovary, abandona el hogar asfixiante para vivir en libertad. Cuando Trigo describe a Flora en *Las ingenuas*, una mujer incapaz de romper con su entorno, ya hacía muchos años que Ibsen había escenificado un corte de mangas de Nora, valga la expresión, a esa cárcel de papel que representaba el matrimonio.

Así pues, entre la Nora de Ibsen y, años después, Flora o Gabriela de *Alma en los labios*, o Rocío de *Sí sé por qué*, o Aurea de *La bruta* o Adria de *La altísima*, por poner unos ejemplos, protagonistas pasivas e inconsistentes, moralmente débiles, en las novelas de Felipe Trigo, en las que según Martínez San Martín siempre late un larvado machismo, habrá una marcada diferencia simbólica.

Por el contrario, los protagonistas masculinos de sus novelas, en cambio, Álvaro, Esteban, Luciano, Darío o Víctor, triunfantes, pletóricos, henchidos de grandiosidad, amantes donjuanescos, representan siempre el arquetipo machista dominador de la mujer⁴⁶.

⁴⁵ GARCÍA LARA, Fernando: *El lugar de la novela erótica española*, Diputación Provincial de Granada, 1986, p. 169.

⁴⁶ GUERRERO CABANILLAS, Víctor: *Felipe Trigo, enfermedad mental y creatividad literaria*, Editor Excmo Ayuntamiento de Villanueva de la Serena, 2007, p. 148.

Sus recreaciones literarias de la mujer, al reproducir modelos de una posición asimétrica en la realidad social, retroalimentaron y reforzaron esos estereotipos sociales, contribuyendo a su manera, a la perpetuación de los roles femeninos con una significación relacional y utilitaria, en las antípodas de los postulados de las defensoras de la emancipación social de la mujer. No resulta exagerado afirmar, en consecuencia, que Felipe Trigo, su literatura, no sólo no contribuyó al activismo feminista de su tiempo, sino que favoreció y prestó argumentos a los más recalcitrantes antifeministas.

Un diálogo entre los protagonistas de una pequeña obra de teatro suya, *La eterna víctima*, pone al descubierto los verdaderos trasfondos de su pretendida defensa de la promoción social de la mujer. Dice así:

[...] Emilio confiesa:

- Doctor, hay mujeres honradas; ese es el mal con hombres como nosotros.

A lo que responde Rafael, el médico:

- ¡Pues empecemos por ser honrados!

Y Emilio replica inmediatamente:

- O que ellas empiecen a dejar de serlo. Es lo mismo [...] ⁴⁷.

Es decir, vienen a decir, que la cuestión femenina se reduce a la simple ruptura con las restricciones sociales y morales que cercenan su libertad sexual, algo que, tal vez, no resultaría una mezquindad sino estuviera sustentado bajo un marco relacional de servidumbres. Además, por si fuera poco, en sus propuestas de liberación sexual se incluyen condicionamientos que la pervierten gravemente.

En su novela *La sed de amar*⁴⁸, por ejemplo, basada en una boda de lesbianas, el alcance de sus pensamientos se limita a lamentarse por la postergación del aspirante varón, sin reconocer de ninguna manera que a la mujer le asiste el derecho a optar libremente en su sexualidad.

⁴⁷ TRIGO SÁNCHEZ, Felipe: *La eterna víctima*, La novela teatral, año II. Madrid, 1917, p. 7.

⁴⁸ Ibidem, *La sed de amar*, Editorial Librería de Pueyo, 1906.

Otro tanto cabe decir respecto de la homosexualidad masculina con la que se mostraría muy poco respetuoso. A Cansinos-Assens le confesaba, sin pudor alguno que

*[...] yo no encuentro interesantes a esos invertidos. Nunca los introduciré en mis novelas. Esa forma de vicio es un insulto a la divina Venus... La mujer es tan maravillosa, tan varia, tan inagotable [...]*⁴⁹.

Es decir, no cuesta mucho evidenciar un sesgo machista y falocéntrico en la prolija temática sexual de la narrativa del novelista villanovense.

ENFERMEDAD MENTAL Y CREATIVIDAD LITERARIA DE FELIPE TRIGO

Pero fue, desde luego, un duro crítico social, un rompedor, con una visión descarnada y negativa de la realidad social. Defensor a ultranza de un materialismo antropológico vitalista, fue un escritor audaz, un naturalista tardío trasgresor, convencido de que la finalidad de la vida era la dicha y los placeres, frente al puritanismo de su época, que hizo notables esfuerzos para romper con los tabúes de la moral sexual en sus novelas.

Tras un primer periodo teorizante y discursivo, orientado de manera preferente hacia el periodismo, Trigo desembocó de bruces en la narrativa novelesca con *Las ingenuas* (1901). En esta novela, escrita cuando aún residía en Mérida, el tema central es el fracaso del amor noble y sincero entre Luciano, el protagonista masculino, un hombre inteligente y preparado, y su cuñada Flora, la eterna víctima, una mujer débil, poco asertiva, y con irreprimibles prejuicios educacionales.

Las convenciones sociales y la inadecuada educación de Flora darían al traste con el idilio amoroso. En un breve preámbulo de la novela, el autor, recordando a Spencer, invoca ya el amor íntegro por la fusión de los dos grandes sentimientos, el pagano y el cristiano, es decir, la Venus ennoblecida por el místico resplandor de la Concepción Inmaculada. Este mismo esquema argumental, aunque introduciendo múltiples variantes, se repetiría después a lo largo de su extensa novelística.

⁴⁹ CANSINOS ASSENS, Rafael: *La novela de un literato*, Alianza Editorial. Madrid. 2005, Tomo I, p. 211.

Para una sociedad tan católica y cerrada como la suya, las tesis de Trigo, adornadas con unos disparatados componentes mítico-simbólicos y utópicos, no eran más que una manera burda, farragosa y retórica de idealizar la lujuria presentándola como la gran virtud, mientras que sus alusiones a la Inmaculada Concepción, la sagrada personificación de la pureza y la castidad para los católicos, serían entendidas como una ofensa reprobable a sus creencias más apreciadas

Sin lograr acotar restrictivamente sus límites, los compromisos conceptuales sobre la sociedad de su tiempo del autor no prevalecieron sobre sus ensoñaciones y su vasta memoria privada. Al contrario, al dictar sus novelas, las obsesiones y demonios interiores del escritor fueron más robustas que sus simpatías ideológicas, aunque dejó claramente reflejada, de una manera, a veces, descarnada, la realidad social.

Por ejemplo, el panorama social de la Extremadura de su tiempo que deja traslucir, sobre todo, en sus novelas *El médico rural* y *Jarrapellejos* corresponde a un mundo poblado de unas gentes rudas y asilvestradas que arrastraban una vida miserable, cuya crudeza quizás fuera excesiva. Con amigos y paisanos como Felipe Trigo, Extremadura no necesitó enemigos para labrarse una imagen muy negativa y estereotipada, que aún colea en el imaginario colectivo español. Pero, sobre todo, por encima de este insignificante reproche, hay que reconocer la valentía con que se enfrentó a los graves problemas sociales de la España de aquellos momentos y el valor documental de su obra literaria. Era evidente que le dolía la Extremadura de caciques y analfabetos, la del hambre y los atropellos, como ya hace tiempo que ha señalado Santiago Castelo⁵⁰.

En cuanto al enjuiciamiento de la urdimbre, significación, razones y propósitos de su producción literaria, me parece de especial interés llamar la atención sobre que hay cuestiones de tradición literaria, de estilo, de credo estético, de tendencias culturales que se hace preciso conocer para entender la obra de un escritor. Pero, a veces, no es suficiente. Se necesita conocer además, aunque sea muy someramente, su vida, sus intereses, sus tribulaciones, sus inquietudes, sus deseos, su psiquismo, en suma, y hasta su propio contexto, especialmente en el caso de escritores que, como Felipe Trigo, siendo muy

⁵⁰ SANTIAGO CASTELO, José: *Ibidem. Las ingenuas*, Otero Ediciones. 1996. Prólogo, p. VII.

autorreferenciales, sufrieron, al tiempo, un trastorno mental capaz de influir poderosamente en su vida y en su producción literaria. Esto es así desde los tiempos de Sainte-Beuve, aunque hayamos de tomarlo con las debidas precauciones.

Martínez San Martín, el mejor crítico literario de Felipe Trigo, confiesa sin tapujos en su libro *La narrativa de Felipe Trigo* que la comprensión de su psiquismo –perturbado gravemente por un trastorno bipolar– resulta básica para la clarificación de la temática y estructura de sus novelas. Felipe Trigo no enfermó de neurastenia, como aún se dice en alguna obra sobre el ilustre escritor, un término, por cierto, desaparecido del vocabulario taxonómico psiquiátrico hace bastante tiempo. Se trata de un error diagnóstico que rebasa la significación de una simple confusión eufemística. Felipe Trigo padeció y murió de un trastorno distímico, de marcados rasgos psicóticos y de desorden de la conducta en su último lustro de vida, conocido, en la actualidad, como enfermedad afectiva bipolar. Quien conozca a fondo qué perturbaciones se adueñan de la mente y del ánimo de estos pacientes tendrá mucho ganado a la hora de tratar de entender y enjuiciar su producción literaria.

Por esa razón, el caso del famoso e importante escritor villanovense resulta paradigmático para los defensores de la psicocrítica literaria. En otra parte de la misma obra, Martínez San Martín, para reforzar su aseveración, echa mano de la autorizada opinión de Guy Michaud, para quien, sin ningún género de dudas,

*[...] la vida interior de un escritor está indisolublemente ligada a su obra. La descubre por ella, es mediante ella como la expresa. Entre uno y otra se instaura un movimiento dialéctico, cuyas fases y modalidades es preciso reconstruir, si queremos comprender plenamente la obra en su totalidad [...]*⁵¹.

Su manera de ver la realidad, coloreada siempre por sus perturbaciones mentales y sus apegos, y su propósito contumaz de redactar nuevas propuestas

⁵¹ MARTÍNEZ SAN MARTÍN, Ángel: *La narrativa de Felipe Trigo*, CSIC, 1983, pp. 88, 89 y 91. Prólogo de M. A. Garrido Gallardo, autor, a su vez, de *Crítica literaria. La doctrina de Lucien Goldmann*, (Rialp, 1996, Psicocrítica), un texto en el que defiende que el psicoanálisis amplía las posibilidades hermenéuticas de la crítica literaria.

antropológicas sobre la dialéctica de los afectos marcadamente positivista, en la línea de pensamiento del socialismo utópico, rechazando cualquier vertiente metafísica, consecuentes con su enfermedad mental, son la clave para entender su pensamiento. Pocas veces como en el caso de un narrador tan autorreferencial como Felipe Trigo, la vida de un escritor se muestra tan indisolublemente ligada a su obra literaria.

La masiva presencia del erotismo en sus narraciones literarias, monotemático con múltiples derivaciones, no es sólo el fruto de sus preferencias literarias o comerciales. Es, también, sobre todo, la consecuencia de la hipersexualidad y de la desinhibición sexual, propias de su trastorno bipolar. De ahí que el conocimiento de su psiquismo perturbado constituya una herramienta indispensable para clarificar los contenidos de su producción literaria. La *Psicocrítica*, - antes se habló de *Patografía*-, como bien dice Ernesto Feria Jaldón,

*[...] tiene razón de ser a partir del hecho fundamental de que la obra del hombre, de todo hombre, sólo puede entenderse a partir del conocimiento del hombre mismo que la crea [...]*⁵².

Su novela *En camisa rosa*, de lectura imprescindible para conocer al autor, una especie de memorias referidas a su propia adolescencia, da cuenta de los prolegómenos de su obsesiva fijación erótica enfermiza. Seducir a la mujer era para Trigo, un fálico-narcisista amoroso, la forma de probarse que era un ganador capaz de vencer. Espoleado por una sexualidad vitalista, deliroide y descomprometida, se enfrentó valientemente a los tabúes y convenciones sociales y religiosos. Despreció las responsabilidades que han de poner siempre orden y reciprocidad en las relaciones sexuales, como buen partidario en su vida, del amor libre de ataduras educativas, morales y sociales. Por el contrario, profesó una especie de materialismo antropológico cuyo ideal era, dicho así llanamente, el de vivir la vida.

*[...] la finalidad de los instintos es el placer. Vivir es llenar grata y sabiamente de placeres la existencia [...]*⁵³.

⁵² FERIA JALDÓN, Ernesto: *Juan Ramón Jiménez. Psicocrítica*, Edición de la Fundación Juan Ramón Jiménez, Junta de Andalucía, 2006, p. 7.

⁵³ TRIGO SÁNCHEZ, Felipe: *Alma en los labios*, Corchero y Cía, Mérida. Librería de Fernando Fe, p. 238.

Profundamente vitalista, profesó siempre un culto lujurioso a la vida que le llevó hasta el extremo de regentar un prostíbulo en la calle del Prado en Madrid, según los conocidos testimonios de Colombine y de Gómez Moral, gerente de la Editorial Renacimiento⁵⁴.

El problema sexual fue, no nos confundamos, el primer problema de la vida, para Felipe Trigo, el más general y el de mayor alcance, según sus propias palabras. Su solución habría de venir a partir de una moral amorosa nueva que contemplara la avenencia entre la liberación sexual y la armonía social. En su obra *El amor en la Vida y en los libros*, tantas veces citada, Trigo se pregunta “si no es llegado el tiempo de fundir el ángel con la prostituta”, armonizándolos apropiadamente⁵⁵.

Ante lo que se ha venido en llamar la crisis finisecular de la Restauración, Trigo tomó partido decidido a favor de un radical reformismo social y moral de aquella sociedad para adaptarla a los nuevos tiempos. Se adscribió bien pronto a un amplio frente de ruptura formado por una buena parte de la burguesía liberal, sectores intelectuales que no tenían cabida en la élite social dominante y el movimiento sindical obrero que comenzaba a tener peso en España.

La justificación y contenidos de su reformismo social quedaron inventariados en sus libros teóricos y en sus novelas. En los primeros, aunque con el bagaje escaso de una preparación intelectual poco rigurosa, Felipe Trigo, un escritor erótico, trató de explicar cómo entendía la vida, que debiera estar regida, según él, por la armonía entre contrarios, una idea muy extendida en su tiempo. Dentro de la extensa batería de transformaciones sociales que defendió cabe señalar aquí las de la transformación de la identidad social de la mujer y la del amor, “la mayor potencia socializadora”, ambas fruto de la influencia notable de los socialistas utópicos europeos. Que “el futuro de la civilización es la vuelta a un salvajismo sin barbarie”, una de sus apuestas teóricas, entenderán fácilmente que resulte un vaticinio cuando menos inquietante.

⁵⁴ GUERRERO CABANILLAS, Víctor: *Locus cit.*, pp. 181-182.

⁵⁵ TRIGO SÁNCHEZ, Felipe: *El amor en la Vida y en los libros*, Renacimiento, Madrid, 1920, p. 83.

Se mostró partidario, sin titubeos, de la emancipación femenina a través de la educación y el trabajo. Reconocería, como no, la importancia decisiva de una educación adecuada de la mujer, pero no sólo para su promoción y autonomía personal, si no para “lograr una Vida armónica y un Amor natural”, según sus propias palabras. Y puesto a vaticinar, en la última parte del citado libro, Trigo dibujaba una utopía arcaica, la Arcadia feliz, en la que reinaba la libertad amorosa, había nuevas relaciones sociales y familiares libres de trabas, los esposos serían, en realidad, amantes compartidos como los de *Las Evas del Paraíso* (1923), los hijos pasarían a cargo del Estado, el trabajo sería una actividad gratificante, en fin, todos felices y contentos; es decir, las mismas ideas tomadas de los socialistas utópicos, Owen y Fourier, sobre todo.

Amañando de aquí y de allí como mejor pudo, Trigo logró articular, más que un sistema de pensamiento, un endeble y confuso discurso de “andar por casa”, que aparecía repetido hasta la saciedad en sus publicaciones. Pero toda su producción literaria, en cualquier caso, es el reflejo de unas pesadillas que malograron su propia vida.

Por eso resulta tan sorprendente que haya ciertos entusiastas apologistas suyos, admiradores acrílicos de su obra, que, respecto del análisis de su producción literaria, permanecen aún anclados en las obsoletas teorías formales e inmanentistas de los formalistas rusos de comienzos del siglo XX, que nacieron como fruto de una reacción frente al excesivo biografismo del siglo XIX. En la actualidad, como se deduce, por ejemplo, de los valiosos estudios de Isabel Paraíso Almansa⁵⁶, que ha analizado a fondo las aportaciones de la Psicopatología analítica a la Teoría y Crítica literarias, estas discrepancias deberían quedar definitivamente superadas.

El desconocimiento de su perfil psicopatológico, de sus apegos y, en especial, de sus perturbaciones y tribulaciones mentales tan vinculadas a su creatividad literaria, merma, sin duda, las posibilidades de realizar una lectura más comprensiva de sus propuestas y escritos, de lo que asignarle una pretendida beligerancia feminista puede que sea una buena prueba.

⁵⁶ PARAÍSO ALMANSA, Isabel: *Literatura y Psicología*, Madrid, Síntesis, 1995.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Felipe Trigo, un hombre contradictorio y complejo, defendió, en todo caso, un feminismo equívoco, no el de la igualdad y el derecho al voto; el suyo, un feminismo hegeliano de corte teórico y profético, en consonancia con las nuevas ideas de su época, que encontraría correspondencia y traducción en sus propuestas teóricas, pero no en sus protagonistas novelescos ni en su propia vida. No renunció a la adscripción de la mujer al espacio restrictivo del hogar, porque, por encima de cualquier otra consideración o perspectiva, pensaba que su sacrificio resultaba útil al esposo y a la sociedad.

No basta con denunciar la situación social de la mujer ni con hacer ciertos diagnósticos situacionales, cuando la dirección es, como en su caso, la de la reivindicación de la mujer cosificada como un instrumento de placer, reforzando en sus novelas los estereotipos femeninos sexistas y discriminatorios. La buena dirección era otra, bien distinta, que tenía que ver con la verdadera satisfacción de sus derechos -educación, trabajo, ciudadanía, sufragio- y de sus necesidades. Es precisa, además, la beligerancia, la lucha activa, el activismo social y, yo añadiría también, una cierta coherencia personal para poderse incluir con todos los derechos en las corrientes feministas de cualquier época.

En resumen, a modo de conclusión, no es posible reconocer a Felipe Trigo como un feminista auténtico, sin que este reproche tenga que desmerecer ni un ápice su valía literaria. Para reconocer tanto sus indudables méritos literarios como los de su papel de gran fustigador social no hay necesidad, desde luego, de recurrir a imposturas.

